



A LOS VEINTE AÑOS DE CRISTIANISME I JUSTÍCIA MANIFIESTO EN FAVOR DE UN CRISTIANISMO BELIGERANTE CON LA INJUSTICIA

F. Javier Vitoria

- 0. Presentación
- 1. Nuestra fe en el Dios de la vida
- 2. Nuestra visión del mundo
- 3. Caminando de la fe a la utopía social
- 4. Una mirada cargada de futuro al s. XXI
- 5. La honda de David

Notas

“Nuestra iglesia que en estos años sólo ha luchado por su propia conservación como si ella misma fuese su propio fin se ha vuelto incapaz de llevar a los hombres y al mundo una palabra reconciliadora y redentora. Por eso, las palabras antiguas deberían callar, y nuestro ser cristiano habrá de consistir hoy en sólo dos cosas: orar y hacer la justicia entre los hombres” (D. Bonhoeffer, Resistencia y sumisión pg. 182 Reflexiones desde la cárcel, para el día del bautizo de D.W.R. año 1944).

Hemos llegado a nuestro número 100, y muy pronto se cumplirán 20 años del encargo que la Compañía de Jesús, al crearnos, nos encomendó: "la reflexión sobre la fe cristiana desde la práctica a favor de la justicia". A quienes trabajamos el día a día de CCJ nos parece casi un milagro, un milagro de gratuidad. Al pequeño grupo inicial, se le ha ido sumando paulatinamente un amplio Equipo de "voluntariado" intelectual, que actualmente reúne a casi ochenta amigos entre profesores, universitarios, y otros especialistas en diversas ciencias humanas y sociales y en teología. Sin las gratuidades de todo tipo de estos amigos y amigas no hubiera sido posible recorrer el camino de estos años. Como tampoco hubiera sido posible sin la ayuda y el ánimo constante de un gran número de amigos y lectores, hoy día ya por todo el mundo. A unos y a otros nuestro agradecimiento.

Deseábamos celebrar todo esto recogiendo una especie de antología de textos que resumiese de algún modo lo que hemos querido decir en estos primeros 100 Cuadernos. Con tal motivo, hicimos una reunión! Una reunión a la que llevamos, releídos, los Cuadernos y los Papeles de estos años. Fueron, ciertamente, unas horas de agradables recuerdos... pero nos dimos cuenta que no era posible embutir en 32 páginas lo que ha sido escrito a lo largo de tanto tiempo. Por ello, acordamos dejarnos de antologías e intentar, más bien, decir nuestra fe y nuestras tomas de posición ante los mil problemas actuales de la injusticia. Tan solo a modo de ejemplo, pondríamos algunos textos "antológicos" de aquí y de allá.

Encargamos la tarea a uno de los asistentes a la reunión, miembro lúcido, desde hace años, en los seminarios internos del equipo. El resultado son las páginas que siguen. En ellas nos sentimos a gusto y bien reflejados. Constituye una especie de mosaico bien trabado, con casi un centenar de referencias a nuestras reflexiones de estos años.

Lo ofrecemos a nuestros lectores y amigos con todo el agradecimiento.

Centro de Estudios Cristianismo i Justicia
enero 2001

0. PRESENTACIÓN

"Nuestra iglesia que en estos años sólo ha luchado por su propia conservación como si ella misma fuese su propio fin se ha vuelto incapaz de llevar a los hombres y al mundo una palabra reconciliadora y redentora. Por eso, las palabras antiguas deberían callar, y nuestro ser cristiano habrá de consistir hoy en sólo dos cosas: orar y hacer la justicia entre los hombres".

(D. Bonhoeffer, Resistencia y sumisión, pg. 182, Reflexiones desde la cárcel, para el día del bautizo de D.W.R., año 1944).

El presente Cuaderno ha sido escrito con la intención de conmemorar el 20 aniversario de Cristianisme i Justícia y el redondo número 100 de estos Cuadernos. Se ha retrasado por nuestras propias indecisiones. Porque no quisiéramos buscar el gusto narcisista del autobombo al que estos tiempos de naderías con muchísimo sifón tan acostumbrados nos tienen. Somos conscientes de que “veinte años no es nada”, como canta el viejo tango. Además quisiéramos tener muy presente el mandato del Señor que nos invita a reconocer y proclamar nuestra inutilidad en el caso, que no es el nuestro, de que hubiéramos hecho todo lo que nos fue mandado (cf. Lc 17, 10).

La aceleración del tiempo que vivimos y su pretendida inocencia traen consigo desafíos y peligros descomunales para la condición humana y muy singularmente para los pobres, los hijos e hijas preferidos de Dios, que hemos de saber descubrir y revertir en oportunidades de humanización. Las religiones en general y el cristianismo en particular tienen ante sí un largo y enrevesado camino para el que necesitan pertrecharse con mística e intereses.

Este Cuaderno pretende fundamentar, proponer e impulsar aquello que ha querido ser nuestra vocación y nuestra tarea permanente, y que agradecemos como algo recibido gratuitamente: la puesta al día de un cristianismo impulsado por “el hambre y la sed de justicia” para todos los seres humanos, que reconocemos como el interés más original de Jesús de Nazaret (cf., Mt 5, 6). Su título que seguramente evocará a muchos de sus lectores otro que publicamos hace ya trece años (1), revela que su contenido desea ser un nuevo alegato en favor de una antigua y siempre viva manera de actualizar una fe que beba del pozo de Espíritu y Vida que Jesús de Nazaret excavó en la dura roca de la realidad.

Este Cuaderno es el resultado de un doble ejercicio: la memoria del ayer (la anamnesis) y la mirada con futuro del mañana (la prospectiva de la promesa). Veinte años después hemos vuelto a pasar por el corazón (a recordar) el credo que queremos dé sentido a nuestro caminar; los territorios, parajes y escenarios humanos por los que con los ojos abiertos hemos intentado transitar entre la indignación sobresaltada por tanto sufrimiento inocente e injusto que nos ha herido, y la consolación de presencias (humanas y divinas) insospechadas que nos han subyugado. A las puertas del siglo XXI hemos contemplado lo que está por llegar con una mirada abierta al futuro, tercamente enfrentada con el augurio de que mañana habrá más de lo mismo y tiernamente comprometida con ese parto divino de las posibilidades verdaderamente humanas de la historia, justamente en las condiciones inhóspitas y recurrentemente conflictivas del presente (cf., Rom 8, 18-27).

Durante estos veinte años Cristianisme i Justícia ha buscado un estilo integrador de la fe y la justicia, pero también de la experiencia y la reflexión, de la interiorización y la difusión, del compromiso y la mistagogía, de la comunión y la diversidad. Nuestro camino también

posee los rastros inequívocos de la conversión, que nos ha obligado muchas veces a corregir y modificar algunas de nuestras posiciones de partida. Nuestra memoria colectiva recuerda, p.e., el redescubrimiento de la importancia capital de la mistagogía y de la espiritualidad en la lucha por la justicia; la toma de conciencia de (la potencia de) nuestra debilidad; el impulso dado a un diálogo interreligioso abierto y sincero; y el enriquecimiento de la escucha al diferente.

En todo este camino hemos recibido el estímulo de la compañía y el magisterio de numerosos testigos de la síntesis fe y la justicia, unos conocidos (p.e., Ignacio de Loyola, D. Bonhöffer, O. Romero, I. Ellacuría, J. N. García-Nieto, R. Mulleras), (2) y otros anónimos (3), cuyas vidas, como la de Lluís Espinal, han sido “un toque de atención sobre la necesidad de abrirse a la solidaridad con los pobres, los lejanos del tercer Mundo y los cercanos del Cuarto Mundo, sin pretender llegar a Dios al margen de los que yacen heridos en la cuneta de la historia. En primer lugar porque seguramente no somos inocentes de su sufrimiento, pero en cualquier caso porque no podemos pasar de largo ante su clamor y seguir llamándonos cristianos” (4). De todos ellos escuchamos al oído lo que los Cuadernos CiJ y otras publicaciones, nuestras modestas azoteas mediáticas, han intentando difundir y pregonar (cf., Mt 10, 27). A ellos (mucho más que a nosotros mismos) les pertenece este manifiesto que solamente da cuenta de lo que aprendimos de sus vidas.

I. NUESTRA FE EN EL DIOS DE LA VIDA.

“Un cristianismo que haya perdido su dimensión vertical se habrá perdido a sí mismo. Pero un cristianismo que utilice las preocupaciones verticales como medio para rehuir responsabilidades ante los hombres no será ni más ni menos que una negativa de la encarnación... Es hora de comprender que todo miembro de la Iglesia que rehuya en la práctica tener una responsabilidad ante los pobres es tan culpable de herejía como el que rechaza una de las verdades de la fe” (Visser’t Hooft. Discurso en la Asamblea mundial de las Iglesias. Upsala 1968).

Confesamos a Dios, Amor creador; Padre fiel y misericordioso (cf., Os 1, 6-9; 2, 1-3), defensor de los pobres y de los oprimidos (cf., Sal 145, 10), que ha acampado en medio de los hombres para hacerles participar de la plenitud de su vida (cf. Jn 1, 14).

Confesamos a Jesús de Nazaret como presencia de Dios en esta historia y en una vida humana, como manifestación máxima de la solidaridad y de la comunicación de Dios con todos los seres humanos y como la suprema expresión de la vigencia de la promesa divina para la sociedad.

Confesamos a Jesús de Nazaret, hombre como nosotros e Hijo propio y unigénito de Dios, como Revelador del señorío y de la paternidad universal de Dios.

Confesamos que su muerte en cruz, bajo el poder aquel orden social y religioso que exigía y producía víctimas humanas, es la suprema manifestación de la solidaridad de Dios con los hombres; y que su Resurrección por la fuerza del Espíritu del Padre es la prueba suprema de que Jesús era de Dios y estaba con Dios, y de que la gloria de su Dios es «recuperar lo que se había perdido» por los egoísmos pecaminosos de los hombres (5).

Confesamos que Dios hará renacer de nuevo a la víctimas inocentes de la injusticia, olvidadas en ese inmenso campo de cadáveres que es la historia, otorgándoles la plenitud de su vida y constituyéndoles pueblo suyo.

Confesamos que el Espíritu de Dios nos convoca a vivir profundamente la experiencia del Dios Vivo en la Iglesia y aspirar a que ella, por su modo de vivir y configurarse, sea transparencia eficaz del Dios “rico en misericordia” y aguijón de la esperanza del Dios de los pobres (6) en medio de este mundo secular y apático.

Confesamos que hoy el Espíritu del Crucificado, fuente de vida y viento de libertad (7), nos hace nacer de nuevo como hijos de Dios y hermanos de los pobres, mientras nos va impulsando historia adentro hasta “el ojo del huracán” de nuestro tiempo, a compartir el dolor y los gemidos de las víctimas de la dominación económica, la manipulación política y la segregación cultural.

Confesamos que el Espíritu del Resucitado nos alienta a vivir la fe en el corazón de la injusticia (8) y nos unge con su audacia para pregonar la justicia que brota de la fe (9), con su veracidad para delatar el secuestro de la verdad (10), con su coraje para luchar contra el poder de los ídolos y con su amor para solidarizarnos con los sufrientes de esta historia (mal llamada) de progreso.

Proclamamos “la bienaventuranza de los pobres” porque la fraternidad de Dios no excluye a nadie, ya que todos los seres humanos, por el don del Espíritu, somos igualmente llamados a ser hijos suyos.

Proclamamos que la autenticidad de esta bienaventuranza divina solamente se acredita en la historia cuando los hombres y las mujeres nos aproximamos a los necesitados y nos hermanamos con ellos en lugar de pasar de largo ante los caídos en la cuneta de la historia.

Proclamamos que Jesús nos ha enseñado a clamar “que venga el Reino de Dios”, que es el Reino de una fraternidad real y efectiva.

Proclamamos la actualidad y la vigencia de la promesa del Reino de Dios a pesar de su carácter conflictivo y de cargar con la oposición del orden establecido en nuestra sociedad.

Proclamamos una esperanza que nos otorga la libertad de disentir de la opinión mayoritaria ("sólo podemos aspirar a ir tirando") y de romper con la evidencia común ("el futuro que nos aguarda será más de lo mismo").

En plena oscuridad histórica proclamamos la posibilidad de un futuro nuevo para los pobres, y nuestro compromiso por explorar y explotar al máximo el rico filón de lo todavía inédito pero ya viable, de la utopía del Reino de Dios.

Proclamamos que esta historia puede dar de sí algo diferente y alternativo, es decir, que puede revertirse.

Proclamamos que el empeño por hacer justicia a los crucificados de la historia y por garantizar la vida antes de la muerte da el acceso, acreditado por Dios, a la vida después de la muerte.

Proclamamos que el Evangelio de la cruz es fuerza y sabiduría de Dios y nos llenamos del gozo de Jesús cada vez que en esa acogida a los pobres, enfermos y marginados Dios mismo se nos revela aproximándose a la historia de los hombres (11).

ANTOLOGÍA

El Espíritu se ofrece para hacernos hijos de un Dios-Padre, no esclavos de un Dios-Poder dominador. Dios, al enviarnos su Espíritu al fondo de nuestros corazones, nos muestra que espera de nosotros una confianza libre y total, no un temor de esclavo. Dios no es un poder hostil que tengamos que aplacar con esfuerzos serviles y al que tengamos que mirar con desconfiado recelo. Con el Espíritu, Dios nos enseña que quiere ser Dios-con-nosotros; un Dios que se relaciona libre y amorosamente.

Esta relación filial, lejos de llevarnos a una praxis insolidaria de la libertad entendida de forma individualista, nos ha de conducir a una solidaridad amorosa y generosa con todos los hombres. No podemos considerarnos verdaderamente hijos de Dios Padre, si no tratamos de vivir praxicamente como hermanos, hijos del mismo Padre.

Cuaderno 83, Viento de libertad, fuente de vida, pág. 18.

El mundo de los marginados es silencioso y está silenciado. Ellos no hablan y de ellos no se habla. No tienen voz y están fuera de la ley. Muchos saben que si van a denunciar su situación acabarán aún peor de como están, porque no tienen DNI, no tienen permiso de residencia, trabajan clandestinamente, viven en una pensión que no cumple las condiciones legales o no han llevado a sus hijos a la enseñanza obligatoria. Prefieren callar. Y la sociedad prefiere no hablar de ellos: es particularmente llamativo el silencio reiterado de los Medios de Comunicación Social, que sólo se ha roto puntualmente en temas candentes como el de los motines en las cárceles, las manifestaciones de vecinos contra la droga o las agresiones de "skin heads" (cabezas rapadas) a transeúntes.

En algunas ocasiones, los MCS han hablado del problema con un valor y una claridad dignas de elogio; otras veces, en cambio, han informado con flagrantes manipulaciones, tal como explican algunos de los que trabajan inmersos en la realidad de la marginación. En cualquier caso, lo que predomina es el silencio. Y no es difícil intuir el significado de este silencio nuestro: escondemos un sentimiento de culpa colectiva. Callamos porque en el fondo sabemos que somos corresponsales de este drama.

Las personas marginadas parece que solamente tengan presente. No recuerdan. No esperan. Sólo viven el hoy. Y en el hoy, sólo viven. Todo apunta a que carecen de sentido histórico. Y esto es algo que desconcierta a los que se acercan a ellos: ¿cómo es posible que no quieran recordar de dónde vienen y que parezcan no esperar nada del mañana? Pero aun esto debe ser matizado, porque a veces uno sí se encuentra en los márgenes con personas que gustan narrar su vida: no obstante, no salen de ahí, de esa narración reiterativa. Ese recuerdo del pasado no les lleva a tener una conciencia de transformación, de esperanza de futuro, de sentido del devenir. Cuando hay recuerdo, es un recuerdo sin historia.

Cuaderno 46, Teología de la Marginación, pág. 8.

Los cristianos habremos de proclamar que el confesar con los labios una "divinidad de Jesús" meramente verbal, no es una patente de salvación para nadie (y mucho menos si se pretende esgrimir esa confesión contra los que tratan de corresponder creyentemente a la dignidad divina de los pobres). En el cristianismo hay algo aún más importante que la misma divinidad de Jesús, a saber: la divinidad de Dios, que es la que hace que sólo puede ser Hijo de Dios, Unigénito y Amado del Padre Aquel cuya forma de vida le llevó a ser eliminado por los poderes políticos de su tiempo, y "contado entre los malhechores" por las autoridades religiosas de su pueblo. (...)

Aunque la autenticidad de nuestra fe se juega en el terreno mundano, temporal y secular de la construcción de una convivencia fraterna, ello tampoco implica la reducción del Reino de Dios a las meras dimensiones mundanas y sociotemporales. Aquí se puede percibir la parte de verdad que hay en las reacciones contra un secularismo extremo: el cristianismo no es una estrategia sociopolítica. Nos descubre que el hombre –todo hombre, toda vida humana– tiene un valor absoluto porque es objeto de amor incondicional de Dios Padre. Por eso, lo que se obra en la temporalidad y en la humanidad, está "cargado de un peso inmenso de gloria eterna". Y por eso dejó escrito S. Agustín: "que nadie venga diciendo que si no ama a su hermano ofende sólo a un hombre... pero que contra Dios no quiere pecar. Pues ¿cómo no vas a pecar contra Dios cuando pecas contra el amor" (In. Jo. 7,5).

Cuaderno 21, Manifiesto contra un cristianismo espiritualista, págs. 11 y 16.

II. NUESTRA VISIÓN DEL MUNDO.

[La teología] “posee un olfato especial alimentado por sus propias tradiciones, por así decirlo, una agudeza propia para percibir las injusticias y desenmascarar las ideologías que las encubren, para como dirían los profetas, liberar de los ídolos. Se trata de una competencia cognitiva no asegurable trascendentalmente, sino generada, conservada y reactualizada históricamente. Se trata de una competencia amenazada, que puede perderse, en la que hay que ser educado e iniciado y en la que mantenerse exige el esfuerzo permanente de la conversión. Creo que es esa competencia, todavía hoy viva en ciertas comunidades eclesiales y en las tradiciones proféticas que ellas mantienen vivas, las que saben percibir en la ideología neoliberal del mercado capitalista no sólo una ideología, sino una idolatría: la expresión de un orden social que exige sacrificios humanos y, en definitiva, la muerte del Dios de Jesús de Nazaret para entronizar a su ídolo” (12).

En el planeta de los náufragos

Nuestra fe nos ayuda a percibir con horror, indignación e intranquilidad los enormes sufrimientos y la inhumana injusticia que alberga el mundo actual. Nuestro planeta se ha convertido en el planeta de los náufragos (G. Latouche). Son los millones de seres humanos que nacen a la vida sólo para morir antes de tiempo, víctimas del hambre y la miseria (13); los millones de refugiados y desplazados como consecuencia de los conflictos políticos y naturales, que protagonizan un éxodo que, según Juan Pablo II, constituye quizás “la mayor tragedia de todas las tragedias humanas de nuestro tiempo” (14); los pueblos y comunidades, cuyas culturas están al borde de la extinción, que luchan por el reconocimiento de su identidad (15); las víctimas de la guerra y de la lógica armamentista de nuestra cultura (16); los damnificados del fracaso de la revolución del Este (17) y muy particularmente las víctimas de la desoladora situación africana o del conflicto yugoslavo (18); el número creciente de nuevos pobres de los países ricos, ciudadanos y ciudadanas privados de empleo y reducidos a la supervivencia asistida (19); la pléyade de niños que no merecen el derecho a vivir con dignidad (20); los habitantes de la cárcel de las sociedades democráticas, una institución para marginados, marginada y marginadora (21). Todos ellos forman parte de esa galería de incontables rostros humanos heridos por la injusticias de hoy (22). “Ahí es donde están los catecúmenos de hoy” (E. Jünger).

No podemos menos que compartir la visión de quienes contemplan nuestro mundo como una realidad dividida y antagónica, hecha de “ricos epulones” obsesivamente (in)satisfechos y de “pobres lázaros” que solamente esperan recoger las migajas que rebalsan de la mesa de los señores de este mundo. La percepción de “un mundo inhumano en el cual no interesa la familia humana, sino el propio interés”, nos ha llevado a tratar permanentemente de comprender en su profundidad los mecanismos que engendran el abismo de la desigualdad (23) y el holocausto de la pobreza para luchar eficazmente por un mundo más justo (24).

La situación es muy grave y nos afecta a todos. Ni debemos, ni podemos olvidar nunca a los millones de seres en el mundo que sobreviven heroicamente en la miseria. Ellos, como escribe E. Sabato, “son los mártires”. Vivimos en un orden mundial de barbarie, en el que una multitud, varias veces millonaria, de sus miembros está de sobra. Su exclusión es el resultado inevitable de la voracidad del sistema económico, que se encarna en instituciones y en personas concretas, en magnates económicos inalcanzables y en aparentemente inalterables consejeros y planificadores de la gestión, de quienes casi dependen las autoridades políticas, incluso cuando

son formalmente democráticas. Los pobres son las víctimas de la violencia de la economía del mercado neoliberal, tal como está organizado y funciona de hecho (25). Esta situación mundial de pobreza y explotación es la consecuencia de un modelo de desarrollo sacrificial (que eufemísticamente alguien puede atreverse a llamar “efecto colateral” del sistema).

La teodicea (26) del sistema

La fe cristiana y la memoria de las víctimas nos sitúan frontalmente enfrentados al discurso dominante que todo lo encubre con la ayuda inestimable de los mass media tanto a escala mundial como regional (27). El “pensamiento único” (I. Ramonet), funciona como una auténtica teodicea (la apologética neoliberal) de los privilegiados, orientada a justificar ante el tribunal de la razón el estado de cosas del orden mundial naturalizándolo (28). El fundamentalismo de la economía de mercado y la proclama del final de la historia (F. Fukuyama) son algunas de las piezas de esa teoría de la inevitabilidad tras la cual se ocultan las contradicciones del liberalismo moderno (29) o las falacias religiosas del mercado (30).

Sin darnos cuenta hemos sido astutamente sugestionados por el mito de la ausencia de alternativas globales. La acción política está atrapada por TINA (“There Is No Alternative”). No hay alternativa, exclama la derecha como coartada. No hay alternativa, repite la izquierda como excusa. Poco a poco se ha introducido “una filosofía pesimista de la historia que estimula más el retraimiento y la resignación que la rebelión y la indignación, y que, lejos de movilizar y politizar, sólo puede contribuir a aumentar los temores xenófobos... La sensación de que el mundo ha escapado del control de la mayoría de los mortales se conjuga con la impresión de que -un poco a la manera del deporte de alto nivel, que abre una brecha semejante entre sus practicantes y los espectadores- el juego político es cosa de profesionales para estimular, especialmente en las personas menos politizadas, una desvinculación fatalista, evidentemente favorable a la conservación del orden establecido” (31)

Este encubrimiento de la verdad en nuestro mundo produce la enfermedad cultural de la ceguera (J. Saramago) o del “sueño de inhumanidad” (J. Sobrino). El pathos de indignación por la impostura y de solidaridad afectada por el sufrimiento de sus víctimas, produce resistencias hacia la mentira implantada y propuestas que curan la vista y provocan la salida del letargo enajenante en el que vivimos.

Mirado el actual proceso mundial con los ojos de “los de abajo” nos ha parecido que lo razonable es hablar de conquista y no de globalización (32), condonar la deuda e(x)terna del Tercer Mundo (33), evidenciar la baja intensidad de la democracia de los países ricos (34) y cuestionar el neoliberalismo porque queremos apostar por un desarrollo social justo y equilibrado que se sitúa en las antípodas de quienes optan por una política económica y social que beneficia a una pequeña parte de la población (35) De esta manera hemos intentado facilitar la salida de la posmoderna minoría de edad que hoy padecemos: la de la servidumbre a los intereses economicistas del mercado.

ANTOLOGÍA

Los negro-africanos y las negro-africanas no sueñan con grandes lujos. Soñamos simplemente con lo que puede soñar cualquier ser humano al levantarse: poder comer, vestir, leer y escribir,

trabajar, cobijarse, respirar aire limpio (ya que hoy por hoy África Negra se ha convertido en uno de los grandes basureros de los residuos tóxicos de los países industrializados).

Los africanos y las africanas no pretenden alcanzar el grado de lujo y de riquezas de las sociedades europeas. Sus pretensiones son más modestas y más sencillas. Consisten fundamentalmente en dejar de ser la gran cuna de la muerte para volver a ser la cuna de la vida, pero de una vida de mínima dignidad.

Cuaderno 73, África negra, págs. 16-17.

En la otra cara del mundo están los desvalidos, los desheredados, los desposeídos, los que no pueden constatar ya que su vida tenga ningún sentido, bien porque un accidente de su suerte –enfermedad, disminución física o mental, hostilidad ambiental– parece haberles cerrado los caminos, bien porque otros les hayan arrebatado no sólo lo que hacen, sino aun el derecho a ser. También estos buscarán a Dios como principio de sentido: pero su Dios ya no será el apoyo para conservar lo que tienen –porque no tienen nada que valga la pena conservar–, sino la fuerza y la esperanza que les hace descubrir un sentido en su vida, aun con las limitaciones que no pueden superar, o que les impele a conquistar lo que sin justicia ni razón les ha sido arrebatado.

Cuaderno 75, ¿Hablar de Dios en el umbral del siglo XXI?, pág. 29.

Los mecanismos del mercado global –como ha recordado el magisterio pontificio– funcionan de modo casi automático haciendo cada vez más rígidas cada una de esas situaciones de pobreza y riqueza. Su lógica interna favorece un modelo de desarrollo vicario en el que los ricos ejercen la función de representar a toda la humanidad en el disfrute de los bienes materiales de la creación y en el que se considera normal que nazcan y mueran en la miseria millones de hombres y mujeres. Sus razonamientos ni se conmueven frente al hambre de las multitudes, ni experimentan el escándalo frente al desamparo de la pirámide creciente de excedentes humanos del sistema. El sistema no tiene corazón y "presupone una mística cruel del desempeño y del culto a la eficiencia".

Cuaderno 87, Un orden económico justo, págs. 9-10.

El fundamento de la democracia es la persona humana en su dimensión comunitaria. El individuo, con el fin de realizarse plenamente como persona, necesita salir de sí mismo, porque su identidad se construye en la ruptura de la soledad, en el encuentro con los demás, en la comunicación y el reconocimiento de cada ser humano para construir un futuro en común.

En consecuencia la democracia es un instrumento al servicio de finalidades colectivas. El hombre no es meramente el "homo oeconomicus" que se sirve de la política exclusivamente para garantizar sus derechos subjetivos y sus propios intereses, sino aquel con capacidad de deliberar y decidir también según intereses comunes y generalizables. El hombre es consciente de que su destino está ligado a los demás, al "bien común". No puede haber bien individual sin bien colectivo, basado en el reconocimiento de la dignidad absoluta de toda persona, con todo lo que esto comporta. Hablar de democracia es hablar de ética.

Cuaderno 56, Ante una democracia de baja intensidad, pág. 5.

El Tercer mundo está al margen del mundo moderno, no cuenta. Carece de voz que resuene en los foros internacionales, no pesa, no tiene poder económico. Y, paradójicamente, parece que Dios lo ha escogido para llevar adelante su misión. Es como la voz débil de los profetas, impotentes ante los faraones y reyes de turno. Pero es una ley bíblica, teológica. Cuando Dios

quiere enderezar el camino del pueblo, cuando quiere empezar una cosa nueva, actúa no desde el centro sino desde lugares marginales, desde la periferia.

Abraham era un pagano desconocido y será el padre de los creyentes. Sara era anciana y estéril, y de ella saldría el hijo de la promesa. Mujeres estériles engendran libertadores, una virgen de Nazaret será la madre del Mesías, un carpintero será el Salvador; unos pobres pecadores serán los apóstoles del evangelio en el mundo. La misma ley la encontramos en la historia de la iglesia. De los lugares marginales surge vida y renovación. Y ahora, de un lugar marginal, del Tercer mundo, sale una vida, una voz que pide cambios, pasar de nuestro egoísmo a un mundo de solidaridad, pide un cambio de valores, de actitudes; una conversión personal y social.

Cuaderno 23, Acoger o rechazar el clamor del explotado, pág. 27.

III. CAMINANDO DE LA FE A LA UTOPIA SOCIAL.

“No se puede captar y realizar individualmente la esperanza escatológica. El individuo que quisiera esperar para sí solo, de hecho no tendría nada que esperar. Sólo se puede esperar cuando se comienza a hacerlo para los demás, cuando se osa esperar para los otros, para todos, lo que se espera para uno mismo. Sólo al esperar para los demás, la propia esperanza supera la pusilanimidad resignada o el optimismo superficial. Sólo al esperar para los demás, mi propia esperanza se hace tan ilimitada, tan incondicional, tan intrépida que se vuelve digna de Dios y de sus promesas” (36)

Un proyecto utópico de sociedad

Nos inquieta y compromete un proyecto de sociedad en clave utopía (37). No hay otra forma de hacer realidad el plan de salvación, soñado y posibilitado por Dios en Jesús y su Espíritu para esta humanidad. Ciertamente este compromiso se nutre de una esperanza, sudada y purificada, que no se afina en ningún optimismo histórico, sino en la promesa inquebrantable de Dios. Ello nos ayuda a resistir con temor y temblor a esa tentación postmoderna de la melancolía resignada y un “pelín” cínica (o ponernos de nuevo en pie cuando caímos ella), y aceptar la invitación que alguien escribió al pasar en un muro de la ciudad de Bogotá: “Dejemos el pesimismo para tiempos mejores” (E. Galeano).

La esperanza escatológica no es como una especie de “salvoconducto divino” que franquea el paso a la vida eterna, después de morir en la cama como buenos burgueses. La esperanza es una virtud teologal que viene de arriba, pero brota de la coalición con los de abajo.

En medio de esta sociedad amnésica y posmoderna, la esperanza cristiana despierta la memoria colectiva de las causas que ayudaron a vivir y morir con dignidad en el pasado, recupera sus esperanzas y alienta la resistencia crítica contra las fuerzas de la barbarie. Paciente y tercamente intenta aportar un granito de arena a la construcción de una cultura de la participación y de la solidaridad. Esta fe esperanzada es capaz de suscitar hombres y mujeres, expertos en la ética herida de la compasión, diestros en la promoción de una acción social de resistencia que convierta en realidad parcial y anticipativa el mundo alternativo que seguimos soñando con el Dios de la Promesa. Seguramente todas sus realizaciones “son cosas chiquitas- como diría Eduardo Galeano-. No acaban con la pobreza, no nos sacan de la espiral de la violencia, no socializan los medios de producción y de cambio, no expropián las cuevas de Alí Babá. Pero quizá han tenido la capacidad de desencadenar la alegría de hacer y de traducirla en actos. Y al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable” (38).

La esperanza cristiana no es un bebedizo fantástico para ingenuos soñadores, que permite viajar virtualmente al “país de las maravillas de Alicia”, en donde se celebra el no-cumpleaños. Pero tampoco es una especie de alcohol para legionarios que permite saltar “los parapetos” con la osadía y la ceguera de los que son inconscientes de los riesgos y de las dificultades que van a encontrar en el campo de la acción en favor de la justicia. La esperanza pertrecha para construir con realismo el camino hacia la utopía social. La espiritualidad feminista nos ha recordado también que “lucha” es un nombre de la esperanza.

Utopía y realismo

Durante veinte años hemos querido conjugar el horizonte utópico de la mirada con el realismo de la viabilidad de los pasos a dar. No queremos renunciar a la convicción, aprendida de los mejores testigos, de que es posible mantener el horizonte utópico sin renunciar al pragmatismo preciso para la realización de los objetivos concretos a corto y a medio plazo(39).

Igualmente pensamos que la reforma o transformación social sólo es posible si conocemos suficientemente la realidad y sus valores subyacentes, y si estudiamos y analizamos las distintas corrientes ideológicas y buscamos posibles puntos de encuentro y comunión, en esta lucha por la justicia.

Este estilo hemos querido que esté presente en nuestros debates y nuestro pensamiento. Hemos criticado la incompatibilidad de las políticas de pleno empleo a escala mundial con un orden económico y social que deja en la cuneta cerca de la mitad de la población del planeta tierra. Pero también hemos puesto el acento en políticas tendentes al pleno empleo, entendiéndolo no como el "empleo o trabajo", clásico del S. XIX y primera mitad del S. XX, sino como toda actividad socialmente útil y que enriquezca humanamente a la persona que la realiza (40).

Hemos insistido en la urgencia de buscar fórmulas económicas y sociales de "solidaridad económica" hacia los colectivos más desfavorecidos: p.e. el planteamiento de la renta mínima de inserción. Pero además hemos formulado pequeñas propuestas de articulación de un nuevo sistema de distribución de la riqueza producida en razón de los avances tecnológicos, y la apuesta en favor de que toda la ciudadanía pueda acceder a una renta económica (salario ciudadano) (41).

Hemos intentado realizar una crítica constructiva sobre el proceso de incorporación de España a la Comunidad Europea y también del Tratado de Maastricht. Aceptando sus aspectos positivos, pero mostrándonos precavidos ante el riesgo de una construcción de Europa basada en la unión económica y monetaria pero sin contenido social. Algunos de estos riesgos apuntados en nuestros Cuadernos se están planteando hoy en día con toda crudeza en el debate sobre la construcción europea y la ampliación de la Unión hacia nuevos países (42)

Hemos defendido el Estado del Bienestar (43), construido básicamente a partir de la finalización de la segunda guerra mundial y con fuerte influencia de fuerzas políticas de izquierda y de pensamiento socialcristiano, así como de las organizaciones sindicales. Sus intuiciones sobre la universalización de los derechos sociales básicos en educación, salud, pensiones, prestaciones por desempleo, vivienda, etc., siguen siendo hoy válidas.

Los cuadernos CiJ se presentaron en sociedad prestando atención a uno de los actores sociales clásicos de la transformación social: los sindicatos en las nuevas condiciones tecnológicas y sociales de la década de los ochenta (44). Pero la historia nos llevó a tener en cuenta a esos nuevos actores sociales, denominados voluntarios (45). Hemos constatado, con otros colectivos, el riesgo de un voluntariado "paracaidismo social", que no cuestiona las raíces del sistema económico y social en que vivimos, y la necesidad de continuar articulando

en torno al voluntariado un discurso crítico, emancipador y realista, que permita al voluntariado contribuir a la viabilidad de un proyecto político de justicia.

Bastante menos de lo que hubiésemos querido, también hemos avanzado debates y reflexiones sobre asuntos, como la insumisión (46), que fueron polémicos en su momento. Hoy en día sus planteamientos han sido asumidos ya por una parte de la sociedad, y sin duda alguna han colaborado no sólo a la modificación de la normativa legal sobre el servicio militar, sino a la defensa de la "cultura de la paz": aunque no se haya llegado a la desaparición del ejército, sí ha contribuido a que vaya cuajando en la sociedad la idea de que la actuación armada en muchas ocasiones no está justificada, ya que es inadecuada a los problemas actuales, por las graves consecuencias económicas de las guerras y por las injusticias económicas y sociales que se imponen para su superación.

La causa de la justicia vs. visión conservadora de la realidad

La crisis de la causa de la justicia no se ha producido fundamentalmente por la caída del muro del Este y la crisis de la izquierda en Occidente (47), sino sobre todo por el triunfo cultural de la visión conservadora de la realidad. Conscientes de ello hemos sentido la dificultad de cómo acercarnos a los jóvenes (48), que tienen ante sí un presente y un futuro enormemente vulnerables por el impacto de las condiciones sociales y culturales adversas (especialmente en lo tocante al acceso al empleo), en las cuales han de alcanzar la emancipación propia de la edad adulta y forjarse una conciencia ciudadana solidaria. Consecuentemente nuestra reflexión ha dado entrada al ámbito de la educación (49) en sociedades, como la española, muy poco propensas a la cultura de la solidaridad internacional (50). Buscamos con otros colectivos valores educativos que disipen la "tristeza de ser hombre" y forjen ciudadanos y ciudadanas de un mañana, cuya piedra angular no se asiente sobre el individualismo feroz y la cruel competencia, sino en la libre implantación de los valores de la solidaridad, el bien común y la universalidad de los derechos humanos, que son semillas del Reino de Dios, y los mejores frutos de la libertad de sus hijos (51).

Una iglesia compañera en el camino hacia la utopía social.

En este camino hacia la utopía social siempre hemos cargado con la responsabilidad de formar parte activa de la Iglesia. Ella puede llegar a ser de un modo más habitual y universal lo que ha sido muy circunstancialmente en algunos lugares concretos de nuestro mundo: una extraordinaria compañera de camino en el empeño y la lucha por hacer del planeta una casa común de la diversidad humana. La iglesia cuenta con argumentos suficientes para ser "la manifestación provisional de lo que Dios quiere para el mundo" (K. Barth). Ha sido convocada por Dios para ser testigo, allí donde se hace presente, de la acción del Espíritu de Jesucristo en el mundo, y está llamada a ser la iglesia de los pobres. La fidelidad a su vocación requiere la escucha obediente de la llamada a la reforma evangélica, que permanentemente le profiere su Señor. Muy recientemente hemos dedicado una larga reflexión a los desafíos que tiene ante sí la Iglesia del tercer milenio (52). No los repetiremos una vez más. Ahora nos limitamos a reiterar algunas de las conclusiones de entonces: "tanto la democratización de los procedimientos, como la plena igualdad de la mujer y el ejercicio de la crítica son valores que la Iglesia ha de aceptar en el próximo milenio, aun cuando después deban ser regulados según casuística y circunstancias. Pero de manera que esta regulación atienda a salvaguardarlos y no a hacerlos desaparecer como valores".

En esta ocasión queremos dejar constancia de algunos acentos de nuestra eclesialidad.
Eclesialidad y crítica

De K. Rahner aprendimos esa eclesialidad que encierra una relación crítica con la Iglesia.

Nuestro sentido eclesial es un momento necesario e imprescindible de nuestra determinación de “hacer la salvación” de Dios en nuestro mundo. Cualquier amor a la Iglesia real “que no estuviera animado y limitado por esta determinación no sería más que idolatría y participación en el tremendo egoísmo de un sistema que busca su razón de ser en sí mismo”. El amor a esa Iglesia no es lo primero y definitivo de nuestra existencia, sino una dimensión derivada de su condición de Sacramento de Salvación, de ámbito humano y fraterno del encuentro salvífico con el Misterio Benevolente que es el Dios revelado en Jesucristo y su Espíritu. Desde el interior mismo de este Pueblo de Dios, de esta Comunidad de discípulos y discípulas y de este templo del Espíritu, no siempre nuestro punto de vista se ha identificado con el de la iglesia oficial en su modo externo de organizarse y de comportarse y, consecuentemente, hemos mantenido una relación crítica con ella, a la vez que esperanzada.

Durante estos veinte años hemos cometido errores y pecados en el ejercicio de la crítica. Quisiéramos haber aprendido de ellos a ser más humildes y creadores de comunión. Sin embargo en estos tiempos difíciles para la profecía en el interior de la Iglesia queremos afirmar con firmeza creyente que esta relación crítica y esperanzada con la Iglesia “es eclesial en sí misma considerada, porque también la Iglesia como institución, en razón del interés de Dios por ella, está siempre, a fin de cuentas, abierta y sometida a su Espíritu, el cual siempre es algo más que institución, ley, tradición escrita, etc. Naturalmente, debido a esta relación entre espíritu e institución, los conflictos concretos entre los cristianos carismáticos y los representantes oficiales de la Iglesia no van a desaparecer de raíz, e incluso tales conflictos asumirán siempre formas sorprendentemente nuevas, de tal modo que para superarlos no se dispone de recetas y mecanismos institucionales prefabricados” (53)

Una eclesialidad así entendida nos ha llevado también a ser críticos, p. e., con la evangelización de América Latina (54) y con la ofensiva oficial contra la teología de la Liberación (55). En el primer caso nos parecía que la evangelización de la iglesia en ese continente, como en otros, debe esclarecerse a la luz de la historia de esos pueblos y no de los intereses del poder eclesiástico. En el segundo, la razón de fondo es que siempre hemos compartido con esa corriente teológica su discurso sobre Dios afectado por el dolor de los pobres y su modo de hablar sobre lo que de salvación y perdición acontece en medio de sus historias de pueblos crucificados.

Teología y mística

Nuestra propuesta teológica ha pretendido ser sensible al clamor y dolor de los explotados (56) e insertarse poco a poco en ese mundo de marginación (57). Nos ha parecido que nuestros intereses y compromisos teológicos se asemejaban más a los del Dios de Jesús en la medida en que crecíamos en sensibilidad hacia el sufrimiento del inocente. Hemos creído que este modo de hablar de Dios, nacido de “una mística del sufrimiento junto a Dios”(J. B. Metz) (58), es el que en el umbral del siglo XXI mejor expresa su identidad (59), dentro de su inadecuación, y su relevancia también cuando nos dirigimos al agnóstico (60)

Lugares de presencia y misión

Un cristianismo beligerante contra la injusticia privilegia la periferia y la frontera como lugares de su presencia misionera. “Acampa”, como el Siervo de la Justicia de Dios (61), en los territorios habitados por los seres humanos, ninguneados, sistemáticamente empobrecidos y tratados como excedentes humanos, para ofrecer y desplegar allí todo el potencial de compasión, reconocimiento y universalización que atesora la iglesia. Construye su morada en ese laberinto de parajes diabólicos donde la humanidad corre riesgos crecientes, y hace oír su voz profética con el fin de sacudir la inercia y la apatía de la cultura dominante, y proponer creativa e imaginativamente nuevas experiencias de humanización. Recorre sin cesar esa interminable franja de terreno que conduce hacia el exterior, hacia los extraños, hacia el mundo “extranjero”, hacia “los gentiles” de este tiempo, y tiende puentes para que, dando y recibiendo al modo del Dios trinitario, se produzca el encuentro fraterno y amistoso con ellos.

Lo periférico y lo fronterizo no son características accidentales de la iglesia, sino elementos de su constitución como Iglesia de Jesús, el Hijo de Dios, quien es su cruz se emparentó e hizo propios de sí a las víctimas de la injusticia y a los extranjeros sin ciudadanía.

ANTOLOGÍA

A mi entender, se equivocan aquellos que entierran al sindicato, o lo consideran como un fenómeno superado. No, el sindicato sigue siendo una pieza indispensable para la mejora y transformación de toda sociedad en la que haya injusticias. Ahora bien, el modelo de sindicato válido para esta década pienso que debe conjugar una línea ideológica clara de transformación y cambio de la sociedad, en todo lo que ésta tenga de negativo, junto con una práctica negociadora para con los poderes públicos, de una parte, y para con las organizaciones empresariales de otra –práctica negociadora asentada, por supuesto, en potentes estructuras técnicas y organizativas-. Sólo mediante esta fórmula reivindicativa-contractual pienso que puede avanzar el sindicato a través de una vía donde todos los conflictos sean regidos por la negociación, así como en la conformación de una estrategia que dé respuesta a una crisis que no es meramente coyuntural sino que tiene un trasfondo marcadamente estructural.

Cuaderno 1, El sindicalismo en la década de los ochenta, pág. 31.

El desempleo es, de todos modos, un reto importante. Las cifras siguen impresionando aunque ya llevemos casi una década familiarizados con ellas. Lo malo es que no remiten. Dieciocho millones de personas, casi un 11% de la población activa, no tiene trabajo en la Unión Europea, la nueva potencia económica integrada. El motor de esa potencia, Alemania, que hasta los sesenta necesitaba importar trabajadores, tiene cuatro millones de desempleados, el 10% de sus recursos humanos sin empleo. España va en cabeza, más del 20% según las cifras de la EPA. Los países del antiguo bloque del Este se han apresurado a “lograr” esta convergencia real en su camino hacia la Unión Europea. Y eso que el criterio de las encuestas para elaborar las estadísticas es bien benévolo: con poco que se haya trabajado en el periodo de referencia, aunque sea en precario y mal, ya no se es un desempleado.

Especialmente grave es la situación de los parados de larga duración, de las mujeres y de los jóvenes (prácticamente el 20% en la Unión Europea y el 40% en España no encuentran trabajo). Por esta vez las estadísticas no son nada frías. Por si acaso, no nos atrevamos a salir

del mundo desarrollado (...) Ahí están las pateras para recordarnos lo que pasa fuera de la fortaleza europea.

Cuaderno 93, El reto del trabajo, pág. 4.

Una pregunta lógica al finalizar esta reflexión: ¿quiénes van a ser los sujetos del cambio? ¿A quién corresponde proponer, presionar, luchar para que el proyecto del salario ciudadano pueda ser un día realidad? Evidentemente corresponde al conjunto de la sociedad: movimientos sociales, partidos políticos, instituciones educativas. Pero no hay duda que a quien más directamente corresponde esta tarea es al movimiento sindical. ¿Por qué decimos esto?

Por una razón muy clara: La lucha por un modelo de sociedad en la que todo el mundo pueda trabajar, pero trabajar cada vez menos y cada vez mejor, para poderse dedicar a actividades más gratificantes, más creativas o más solidarias ¿quién duda que enlaza con las aspiraciones más genuinas del movimiento obrero? «A diferencia del proyecto de renta mínima nuestro proyecto no rompe con la lógica tradicional de la lucha sindical por conseguir vacaciones pagadas, permisos maternales, jornadas de formación, etc.». Estamos convencidos que si el sindicalismo de clase tiene futuro es precisamente porque este debate ya ha entrado, en buena medida, en el interior de los sindicatos europeos. Los sindicalistas preocupados por las rapidísimas mutaciones tecnológicas y culturales a que se ve sometida la sociedad moderna lo saben bien. Pero también son conscientes que en el seno de los sindicatos existen todavía demasiadas inercias de la vieja cultura del trabajo. Claro que la acción sindical tradicional en su lucha por el poder adquisitivo de los trabajadores, por las condiciones de trabajo, por la estabilidad en el trabajo, etc. es tan necesaria como siempre. Pero los objetivos sindicales hoy deben ir mucho más allá.

Cuaderno 30, Renta mínima y salario ciudadano, pág 47.

Será necesario evitar las hondas lamentaciones contra nuestro tiempo y los memoriales de agravios contra los jóvenes, ya que ambas cosas impiden percibir los latidos más profundos y recoger el rumor de fondo olvidado, donde anidan las oportunidades. No conozco nada grande en el ámbito educativo que haya nacido de la apocalíptica, ni nada positivo que sea generado por la desesperanza. La apocalíptica, como talante educativo, agranda la sobrecarga del educador, activa las minas intelectuales y morales de los alumnos y, sobre todo, impide caminar a los débiles. ¡Hacer camino con un educador desesperanzado es la peor desgracia que le puede suceder a un sujeto frágil! Aunque las oportunidades de un momento concreto haya que descubrirlas a través del ojo de una cerradura, el educador tendrá que recordar que "por causa de los desesperanzados se nos entregó la esperanza".

Cuaderno 62, Las constelaciones de los jóvenes, pág. 38.

El ser humano tiene a su alcance pequeñas experiencias en las que una pérdida de sí mismo por una causa más grande se le ha convertido en salvación. Pero no tiene a su alcance la verificación plena y absoluta de que la entrega total de la propia vida sea su salvación. Quizás incluso esa falta de verificación sea necesaria para que la entrega sea tal, y no mero cálculo.

La paradoja esbozada es pues una paradoja de apuesta. Es además una paradoja frecuente en Jesús, quien proclama bienaventurados a los pobres y a los que lloran, pero no porque pobreza y llanto sean criterios de dicha, sino porque ellos son (y serán) poseedores del Reinado de Dios y de la risa definitiva. Aquí tenemos otra vez paradoja y apuesta.

Cuaderno 63, De la tristeza de ser hombre a la libertad de hijos, págs. 4-5.

Hacerse eco del clamor que viene de la otra parte para manifestar lo que significaron para ellos esos quinientos años de interrupción de su proceso, de asimilación de una religión que les fue impuesta, de sometimiento de sus estructuras económicas, políticas, culturales, al modelo de la cultura europea. Ellos también agradecen a Dios el poder estar vivos y haber podido resistir, haber llegado hasta 1992 y poder decir su palabra junto con las palabras de otros. Se trata de una cuestión de justicia: escucharlos a ellos porque jamás fueron escuchados.

Cuaderno 44, Cómo celebrar el 5º centenario, pág. 9.

Se sabe que, en la actualidad, se produce un 10 por ciento más de los alimentos que necesitamos para vivir toda la humanidad y, sin embargo, mueren de hambre 35.000 niños cada día. Y adultos que pierden la vida, como consecuencia de la desnutrición, son, por lo menos, otros tantos. O sea, la economía está "organizada" de tal manera que produce, cada veinticuatro horas, por lo menos 70.000 muertos. Que yo sepa, no ha habido guerra que se acerque, ni de lejos, a semejante crueldad. Y lo peor es que estas cifras van en aumento. Porque cada año que pasa hay más pobres, que son cada vez más pobres. En efecto, según el Informe sobre desarrollo humano 1996, de Naciones Unidas, el fenómeno más importante, que se está produciendo en la economía mundial, es la creciente concentración de la riqueza en menos países y, dentro de esos países, progresivamente en menos personas. De manera que la distancia, entre ricos y pobres, es cada año mayor. Los datos son conocidos. El 20 por ciento de la población mundial consume el 85 por ciento de la riqueza que produce el planeta...

¿Puede tener futuro un mundo así? ¿Puede tener buena conciencia una Iglesia que se remite a Jesús y que vive tranquila en una "organización" mundial que produce tanta muerte y tanto sufrimiento? Si la Iglesia dice que ella representa a Jesús y su Evangelio, en el mundo, ¿qué tiene que decir ante esta situación? ¿qué dice, de hecho? Y sobre todo, ¿qué hace? Son preguntas que se le ocurren a cualquiera. Pero preguntas que van, no sólo desde la Iglesia a los pobres, sino, sobre todo, desde los pobres a la Iglesia.

Cuaderno 88, Escuchar lo que dicen los pobres a la Iglesia, pág. 4.

La inmensa mayoría de nuestra sociedad (incluso de aquellos que desean ser buenos y solidarios) opta por vivir como si el mundo marchara por el buen camino y fuera suficientemente bien, reconociendo por supuesto fallos, como cosas aisladas que deben ser mejoradas. El servidor de Yahvé parece creer que el mundo va a peor, humanamente hablando, y aunque se puedan reconocer innumerables virtudes parciales (y, sobre todo, una gran solidaridad anónima). Esta opción previa suele dividir las opiniones: el que tiene posturas de desautorización global suele ser desautorizado por la sociedad a la que no deja sentirse cómoda. Pero el servidor del pueblo crucificado no puede aceptar un sistema económico cuya voluntad primera no sea erradicar la miseria. No transigirá con una sociedad que "prefiere esperar" amparándose en el falso argumento de que "si seguimos progresando" la miseria desaparecerá por sí sola.

Cuaderno 96, Servir, la lucha por la justicia, pág. 29.

IV. UNA MIRADA CARGADA DE FUTURO AL SIGLO XXI.

“Si creemos en algo, si tenemos en nuestro interior suficiente energía, suficiente pasión y ganas de vivir, podremos encontrar en los recursos que nos ofrece el mundo actual los medios necesarios para hacer realidad algunos de nuestros sueños” (Amin Maalouf)

Entramos en el tercer milenio con algunas lecciones aprendidas y multitud de desafíos que enfrentar (62).

No se trata de hacer aquí un inventario de todos ellos. Además del gran desafío de la pobreza que es la gran cuestión sin resolver que hereda el siglo XXI, hay algunos otros muy acuciantes de los que ya nos hemos ocupado en otras ocasiones.

Derechos humanos y orden internacional justo.

Los Ideales humanos de igualdad, libertad y fraternidad, recogidos en la Declaración de derechos no encuentran la realización o “historización”, por usar la expresión de I. Ellacuría, que está reclamando nuestro tiempo. Hemos sido incapaces de establecer entre esas nociones relaciones prácticas de interpenetración activa o de presencia mutua.. Durante los años de la guerra fría, corrían malos tiempos para confraternizar y se defendió la libertad o la igualdad por separado. Ahora, en plena apoteosis de la mundialización y de la libertad del mercado, la fraternidad ni siquiera aparece en la cuenta de resultados de los vencedores y el balance del estado de la igualdad y la libertad en el mundo no puede ser más elocuente: están bloqueadas en su desarrollo integral y en su alcance universal. En general prevalece el discurso acerca de los derechos individuales y sociales sobre el empeño por activar la conexión genética de su condicionamiento recíproco, con el fin de que los derechos humanos sean también los derechos de la humanidad. Por eso la defensa de la primacía de la solidaridad internacional sobre la lealtad a (los intereses de) la patria propia no resulta hoy “políticamente correcta”, aunque sea el mejor test para averiguar la condición “nacionalista” y su carácter excluyente, de las políticas exteriores de los Estados ricos.

*Tal y como están las cosas en el mundo, la presunción de una sociedad democrática se ha convertido en una condición necesaria, pero ya insuficiente, para la salvaguarda de los derechos y libertades de los habitantes de “la aldea global”. Hoy adquiere un protagonismo estelar -de “conditio sine que non”- el cumplimiento del artículo 28 de la Declaración Universal de Derechos Humanos: “Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos”.

Un panorama como éste suscita graves preocupaciones sobre el futuro de la familia humana, de la casa común y del ecosistema humano, que son los imaginarios con los que soñamos esta humanidad, según sea el código (el nexo biológico, el pacto social y el cuerpo social) desde el que articulemos la pertenencia común de todos sus miembros. Los círculos de identidad en los que la desplegamos (familiar, local, regional, nacional, comunidad internacional, mundial) sufren las más profundas heridas de nuestro tiempo. Pobreza, hambruna, guerras, xenofobia, exclusión, discriminación de la mujer, racismo, conflicto cultural, nacionalismos excluyentes y fundamentalismos fanáticos son algunas de las

tumoraciones producidas por la pandemia cainita que nos asola. La interdependencia se ha convertido curiosamente en una nueva frontera para los derechos humanos. En ella los derechos de la solidaridad constituyen seguramente la necesidad mayor de una humanidad que desea vadear las amenazas de este fin de siglo, y coronar sus mejores sueños de igualdad y libertad, tan espléndidamente expresados en las listas de las diversas generaciones de derechos.

Una mentalidad cultural afectada por el dolor de las víctimas

Todavía muy recientemente, en la presentación de un cuaderno sobre la igualdad como meta pendiente hacíamos la siguiente reflexión: "la igualdad no es imposible (y hasta nos parece mala) porque nuestra obsesión por la felicidad nos lleva a crear desigualdades (que tampoco nos harán más felices). Pero algo en nosotros continúa intuyendo que la igualdad es un gran valor humano. ¿Cómo salir de este dilema?" (63).

La respuesta es muy compleja. Pero habremos de tener claro que en realidad los derechos de la solidaridad solo serán agua de borrajas si no conseguimos que la mentalidad cultural y el pensamiento social, económico y político sean interrumpidos por los gritos y los silencios de las víctimas, que constituyen, según P. Ricoeur, las raíces de los derechos humanos.

Este es un esfuerzo inexcusable para todo pensamiento cristiano que quiera poseer la relevancia de la cruz de Jesús en el "areópago" del siglo XXI. Si este anhelo (la transformación de una cultura apática e indiferente al dolor humano en una cultura compasiva) no es satisfecho, no se suturarán jamás las heridas abiertas en las venas de esta humanidad.

Viejos y nuevos asuntos pendientes

El desarrollo sostenible del mundo, el cuidado de la tierra (64), la democracia económica (65), el fundamentalismo (66), la situación de la mujer en el mundo y la perspectiva de género (67) son todas ellas cuestiones a las que deberemos prestar mayor atención en el futuro.

En el esfuerzo por abrir espacios de encuentro para buscar caminos de solución, el diálogo con otras religiones ha merecido por nuestra parte una singular atención (68), que debiera incrementarse en el futuro. Nuestra aportación a este diálogo ha buscado poner el acento en la cruz de Jesús y en los crucificados de la historia. Creemos que en los excluidos de la tierra ("el universal invertido") el encuentro de las diversas religiones puede producir paz para nuestro mundo, y generar nuevas vías de acceso a la auténtica universalización del cristianismo.

ANTOLOGÍA

O se perpetúa y agudiza el actual modelo de sociedad: con un elevado porcentaje de paro más o menos subvencionado (30 por ciento?); con un porcentaje muy elevado de trabajadores precarios, eventuales, sumergidos, sin ningún derecho, sobre todo jóvenes (50 por ciento?); y con una proporción mínima de ocupados en un empleo seguro, fijo, bien retribuido (20 por ciento?).

O se opta por una nueva visión de la sociedad: con un trabajo compartido solidariamente, acompañado de más "tiempo libre" (no "paro"), entendido como una ocupación libre y creativa, "socialmente útil", y compensada económicamente.

La primera opción –hoy dominante– conduce a un tipo de sociedad con el tejido social quebrado, insolidaria, con amplias diferencias económicas, sociales y culturales. Una sociedad inestable y que para mantenerse necesita ser represiva, y en la que las actuales contradicciones e injusticias se verán seriamente agudizadas.

Cuaderno 8, Paro, trabajo, planificación de futuro, págs. 24-25.

En cualquier caso el proyecto de sociedad en clave de utopía no es algo que surge de la nada, como hemos afirmado más de una vez. Parte de unas experiencias; debe planificarse ya desde ahora con una nueva voluntad política y cultural. Debemos luchar por él. Con los debates que sean necesarios, el movimiento obrero se incorporará necesariamente a esta lucha. No olvidemos que ha sido el movimiento obrero, a lo largo de su historia, el que ha conseguido que cosas que hace doscientos años eran simples utopías, sean hoy realidades, pero realidades que están seriamente amenazadas. En este sentido el movimiento obrero tiene un compromiso muy serio, si quiere ser fiel a su historia: depositario de una tradición impresionante de lucha protagonizada por quienes han sido los auténticos sujetos del cambio y de la misma historia, no puede cerrar los ojos a las nuevas capas marginadas, a quienes se les ha negado, incluso, la voz y la capacidad de organizarse. Por eso es importante la apertura del movimiento sindical y de los partidos políticos a los movimientos sociales, con frecuencia más cercanos y más sensibles a las nuevas realidades.

Cuaderno 27, Un proyecto de sociedad en clave de utopia, pág. 31.

Es importante señalar que la pretensión principal y última de la teología feminista es la liberación de todos los hombres –mujeres y varones– de las estructuras injustas que los mantienen en una situación de menores de edad. No quiere, como algunos temen, liberar a los oprimidos para que sean ellos quienes puedan dominar, sino inspirar a oprimidos y opresores otro estilo de vida, libre de dominio y de violencia, que esté a favor de la vida, que sepa comprometerse con la palabra y con la acción de Jesús. No se presenta como un concepto teórico, no se empeña en llegar a ser un resumen feminista –dogmático–. Quiere renovar, cambiar, inspirar.

Cuaderno 43, Cuando las mujeres se sienten creyentes y feministas, pág. 24.

Las religiones están llamadas a promover conjuntamente la paz y la justicia en el mundo. Las religiones deberían ser profetas en este terreno, en lugar de sentirse ajenas, como si la causa de los hijos del Cielo no fuera la misma que la causa de los hijos de la Tierra. Gran parte de su credibilidad está en mostrar cómo el vínculo con el Absoluto es fuente de implicación con lo humano. Es más, les corresponde a ellas mostrar que de las entrañas mismas de la experiencia religiosa brota un torrente de ternura por los más pequeños y desprotegidos, y una consiguiente pasión por la paz y la justicia. En este sentido, Paul Ricoeur ha hablado de que la Iglesia debería dar testimonio de la Lógica de la sobreabundancia, es decir, mostrar la opción preferencial por los más desfavorecidos.

Cuaderno 97, Los ciegos y el elefante, pág. 25.

La Modernidad ha de aprender a pasar de su "antropolatría" constitutiva a una visión más modesta del hombre como "mandatario" o "administrador" de una tierra que no es suya: no es señor absoluto, sino guardián de la tierra. Este es el reto de fondo (...)

Los hombres ¿sabremos afrontar este reto responsablemente? ¿O preferiremos hacer oídos sordos a todos estos indicios y, tal vez exclamar las palabras atribuidas a uno de los tiranos más grandes de la historia: "después de mí, ¡el diluvio!"?

Cuaderno 89, El reto de la tierra, pág. 31.

V. LA HONDA DE DAVID.

“Este es el camino racional para prevenir la barbarie. Debe tenerse en cuenta, no obstante, que por lo general la humanidad sólo suele estar con David post festum, cuando los hechos han pasado y los avatares de la batalla son parte de la memoria que conviene conservar; mientras los hechos transcurren la humanidad está casi siempre con Goliath, con el Poder que se supone que va a ganar en la desigual batalla con el débil, con el siervo (con el pobre, con el proletariado).... David es un recuerdo en las mentes de los pobres y oprimidos que no le conocieron. Ese recuerdo quiere decir: podríamos hacerlo, podríamos volver a intentarlo. Por eso es tan importante en la mitología popular del «volver a empezar», la forma en que acabaron sus héroes: no suicidándose, sino resistiendo hasta el final (y, si es posible, como víctimas de un gran engaño, de una gran traición). El que casi nadie crea en David al empezar la batalla es algo que la mitología popular tiende a ocultar. Con la mejor de las intenciones, eso sí. Pues el teórico o el doctrinario del «volver a empezar» de los de abajo, sospecha que esta unilateralidad es lo único que la visión de los vencidos puede oponer a la historia oficial, a la historia de los hechos reconstruida por los vencedores” (69)

Siempre hemos sido enemigos de la frase tan manida “no hay nada que hacer”. La realidad la desmiente constantemente, aunque para ellos debamos saber mirar la realidad con otros ojos (70). En medio de la realidad es posible ser humano, y humano comprometido y fiel hasta el final. Esa es la gran verdad transmitida por los testigos modernos de un cristianismo beligerante contra la injusticia. En un mundo “de componendas, de evitar tensiones y conflictos – aunque los exija la realidad– de no tomar nada totalmente en serio a no ser el propio interés, de no animar al compromiso fiel aquello que exige la ética y la fe y aquello que además lleva a la verdadera felicidad ”(71).

Somos conscientes de que nos enfrentamos con la mastodóntica sociedad mediática con el “tirachinas” de nuestras publicaciones. Ello no nos debe desmoralizar. Al contrario es una llamada a la responsabilidad y a poner en juego con “la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma (cf. Mt 10, 16) todas aquellas actitudes y destrezas que nos emparentan con David en su lucha contra Goliath, y constituyen la “intifada” cristiana contra una tierra que no cumple la voluntad de Dios.

Estamos persuadidos de “la potencia de lo débil”, cuando se inserta en la realidad como “aguijón escatológico” (“la espiritualidad del tábano”), que incansablemente nos despierta y nos moviliza ante “el escándalo de la diferencia cualitativa”(H. Marcuse) existente entre los crucificados de la tierra y los que los crucifican o, con complicidad, pasan de largo.

La aventura de un cristianismo de lucha en favor de la justicia nos ha enseñado que la resistencia y la creatividad se besan.

En nuestro mundo “no necesitamos vanguardias omniscientes; pero en cambio son inexcusables las minorías ejemplares” (Jorge Riechmann). A éstas últimas quisiéramos pertenecer y servir.

El futuro de la lucha por la justicia dependerá mucho de la capacidad de dar cuerpo organizativo a la coalición con las víctimas, de la voluntad de “enredarse” de las pequeñas

organizaciones en favor de la vida y en contra de la muerte. Sin esta ecumene en favor de las víctimas no habrá honda de David en nuestro tiempo. La ética de la solidaridad se habrá diluido en una estética compasiva y la próxima centuria será conocida como “el siglo en que nos clonamos peligrosamente”.

Amén.

NOTAS

- 1.Cf., Cuaderno nº 21.
- 2.Cf., Cuaderno nº 6, 14, 35, 86; AA.VV., De la fe a la utopía social. Miscelánea Juan N. García-Nieto París, CiJ-Sal Terrae, Barcelona-Santander 1996; Paper nº 135.
- 3.Cf., Cuaderno nº 17, 98.
- 4.Cf., Cuaderno nº 64, pg. 31.
- 5.Cf. Cuaderno nº 21, 10-11.
- 6.Cf., Cuaderno nº 91.
- 7.Cf., Cuaderno nº 83.
- 8.Cf., Cuaderno nº 24.
- 9.Cf., Cristianisme i Justícia, La Justicia que brota de la fe (Rom 9, 30), Sal Terrae, Santander 1982.
- 20.Cf., Id., El secuestro de la verdad. Los hombres secuestran la verdad con su injusticia, Sal Terrae, Santander 1986.
- 31.Cf., Cuaderno nº 98.
- 42.Cf., Zamora, J. A., Neoliberalismo y Teodicea. Sobre los intrincados caminos de la razón apologética moderna: Scripta Fulgentina Año VIII/1-2 - Nºs15-16, 1998, 223.
- 53.Cf., Cuaderno nº 72.
- 64.Cf., Cuaderno nº 67.
- 75.Cf., Cuaderno nº 61, 73, 95.
- 86.Cf., Cuaderno nº 11, 37, 38, 71.
- 97.Cf., Cuaderno nº 40.
- 108.Cf., Cuaderno nº 58, 90. 73, 95.
- 119.Cf., Cuaderno nº 20, 85.
- 20.Cf., Cuaderno nº 33, 55.
- 212.Cf., Cuaderno nº 45
- 22.Cf., Cuaderno nº 9, 10.
- 23.Cf., Cuaderno nº 50.
- 24.Cf., Paper nº 135, 26.
- 25.Cf., Cuaderno nº 88: 25.
- 26.”Como teodicea se entiende -según E. Kant- la defensa de la sabiduría suprema del creador del mundo contra la acusación que la razón eleva contra ella a partir de lo incongruente del mundo”
- 27.Cf., Cuaderno nº 80.
- 28.Cf., Cuaderno nº 87
- 29.Cf., Cuaderno nº 29
- 30.Cf., Cuaderno nº 76, 84 extra
- 313.Cf., Bordieu, P., Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal, Anagrama, Barcelona 1999, 105.
- 32.Cf., Cristianisme i Justícia, ¿Mundialización o conquista?, CiJ/Sal Terrae, Barcelona/Santander 1999.
- 33.Cf., Cuaderno nº 18, 32.
- 34.Cf., Cuaderno nº 56
- 35.Cf., Cristianisme i Justícia, El neoliberalismo en cuestión, Sal Terrae, Barcelona/Santander 1993.

- 36.Cf., Los problemas fundamentales de la Iglesia universal. Diálogo entre J.B. Metz y K. Rahner, en AA. VV., Teología, Iglesia y política, Zero, Bilbao 1973, 89-90.
- 37.Cf., Cuaderno nº 27.
- 38.cf., Ser como ellos y otros artículos, Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 84-85.
- 39.Cf., Paper nº 115, 58.
- 40.Cf., Cuaderno nº 8, 93.
- 414.Cf., Cuaderno nº : 30.
- 42.Cf., Cuaderno nº :12, 52
- 43.Cf., Cuaderno nº : 49.
- 44.Cf., Cuaderno nº : 1
- 45.Cf., Cuaderno nº : 68, 79
- 46.Cf., Cuaderno nº : 71.
- 47.Cf., Cuaderno nº : 59.
- 48.Cf., Cuaderno nº : 41, 62.
- 49.Cf., Cuaderno nº : 15, 16, 28, 48.
- 50.Cf., Cuaderno nº : 66.
- 515.Cf., Cuaderno nº : 63.
- 52.Cf., Cuaderno nº 91.
- 53.Cf., Rahner, K. , Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy, Sal Terrae, Santander 1990, 24-26.
- 54.Cf., Cuaderno nº: 31, 42, 44, 51.
- 55.Cf., Cuaderno nº: 4, 7
- 56.Cf., Cuaderno nº: 23.
- 57.Cf., Cuaderno nº: 46.
- 58.Cf., Cuaderno nº : 57, 81.
- 59.Cf., Cuaderno nº: 75.
- 60.Cf., Cuaderno nº : 39.
- 616.Cf., Cuaderno nº 96.
- 62.Cf., Cristianisme i Justícia, De cara al tercer milenio. Lecciones y desafíos, Cristianisme i Justícia/Sal Terrae, Barcelona/Santander 1994; Cuaderno nº 19, y 87-93.
- 63.Cf., Cuaderno nº 92, 3.
- 64.Cf., Cuaderno nº 54, 89.
- 65.Cf., Cuaderno nº 53.
- 66.Cf., Cuaderno nº 77.
- 67.Cf., Cuaderno nº 43, 78.
- 68.Cf., Cuaderno nº 25, 77, 82, 97; Cristianisme i Justícia, Universalidad de Cristo. Universalidad del pobre, Cristianisme i Justícia/Sal Terrae, Barcelona/Santander 1995; Cristianisme i Justícia, Religiones de la tierra y sacralidad del pobre, Cristianisme i Justícia/Sal Terrae, Barcelona/Santander 1997.
- 69.Cf., Fernández Buey, F., La barbarie de ellos y de los nuestros, Paidós, Barcelona 1995, pp. 270-280.
- 70.Cf., Cuaderno nº 69.
- 717.Cf., Paper nº 135, 27.

© *Cristianisme i Justícia* - Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94
espinal@redestb.es - www.fespinal.com